

## Cara

Tiro una moneda sobre la mesa. Sale cara.

Visto de blanco. Un color neutro. No porto ningún distintivo. Apenas me distingo de la habitación. El mobiliario es escaso. Un par de sillas y una mesa en el centro. En la pared del fondo hay una enorme máquina. La cámara de Defase. El aspecto de este sitio no es accidental. Creo firmemente que los lugares en los que uno trabaja se mimetizan con la labor que se realiza en ellos. Hemos hecho que este lugar sea lo más aséptico posible como reflejo de la labor que llevamos a cabo. Puede que sólo queramos hacerlo lo menos memorable posible.

Dicen que cuando arrojas una moneda todos los sucesos posibles tienen lugar. La probabilidad de cada suceso es el índice del libro que describe cada uno de los mundos en los que cada variable tiene lugar. La cámara de Defase es la mano que te lleva a esa página en particular. La realidad es fruto de los sucesos que tienen lugar y que percibimos. Cuando arrojo la moneda siempre me pregunto, ¿qué habrá al otro lado de la cara? ¿Dónde está el otro yo que ha arrojado la moneda todas las otras veces y en cambio solo obtiene cruces? ¿Cómo será el universo en el que al arrojar la moneda ocurre el improbable suceso de que se quede de canto? ¿Cómo es aquel en el que los átomos de la moneda hayan la infinitesimal probabilidad de no chocar con las fuerzas de repulsión de la materia de la mesa y la atraviesan como un fantasma?

Vuelvo a cogerla. Con cuidado la pongo de pie sobre la mesa. Dedo índice y pulgar y la hago girar. Cara de nuevo. Yo formo parte del mundo en el que siempre sale cara. Siempre cara.

La realidad es como una onda. Cada insignificante suceso que tiene lugar y que observamos desplaza esta onda en alguna dirección. Cambia su amplitud. Su frecuencia. Velocidad. La onda original no desaparece. Tampoco lo hacen las que estaban antes de ese cambio. Y así cada mundo a su vez es origen de otros. Y estos a su vez también. Y así de una forma infinita. Tantas como las diferentes formas de colocar toda la materia de este universo.

En ocasiones estas ondas chocan. Resuenan. Están tan cerca unas de otras que alteran sus mundos de forma sutil. A veces sólo es que una ardilla olvide el lugar donde enterró una semilla. Otras que una tormenta haga que un contenedor caiga de un barco sin llegar a su destino. Quizás que un súbito cambio genético permita el salto de una enfermedad de una especie a otra. Que una ideología se abra paso entre la población provocando un violento cambio político a costa de miles de muertos. Causa y efecto. A costa del caos.

Mi trabajo consiste en extirpar la incertidumbre. Preservar la legitimidad de los sucesos dentro de una probabilidad quirúrgica y medible. Tenemos el conocimiento para poder medir los valores de la realidad en la que nos encontramos. Qué sucesos han de tener lugar como consecuencia de otros en una infinita cadena cuyos eslabones hemos forjado y conocemos a la perfección. También tenemos la tecnología para impedir que otros mundos interfieran con esa cadena.

Nos llaman Diplomáticos. Estamos al cargo de la causalidad. Exterminamos realidades.

Camino hacia la cámara de Defase. He leído el dossier. Lo hago cada mañana. Ayer era un pacífico mundo en el que la deriva continental dio lugar a una disposición algo diferente de los continentes. Hoy, uno en el que desmontaron la Torre Eiffel después de la Exposición Universal de París. Nunca pregunto qué cambios evitamos cada vez. Me ayuda a seguir pensando que mi trabajo es importante y necesario.

La gente vive aferrada al mito del gemelo. Piensan en cómo sería el universo en el cual han decidido dejar su trabajo y hacer lo que le gusta. Creen que esa realidad está mucho más cercana a la nuestra que la que visito ahora. Se equivocan.

Tiro la moneda al aire una vez más. Gira en el aire unos instantes antes de caer sobre mi mano derecha. Miro pero conozco el resultado. Cara. Introduzco mi identificador en la consola de la cámara. No respiro mientras escucho el imaginario zumbido que percibo cuando cada una de las partículas de mi ser, ropa y herramientas son puestas en fase con la realidad que voy a extirpar. Llueve y es de noche. Me encuentro en París.

Apenas me quedará una hora. Se necesita una cantidad ingente de energía para poder traerme y tenerme aquí. Los edificios donde trabajamos los Diplomáticos se podrían definir como enormes centrales energéticas alimentando

un solo dispositivo de una habitación. Toda mi materia y energía volverá a estar en el mismo estado de fase cuando mi trabajo haya terminado, llevándome de vuelta. Será tan pronto como active el Filtro.

Nuestra cultura es perfecta. Puede parecer una afirmación pretenciosa pero lo es. Existen muchos tipos de perfección. La nuestra es del tipo en el que la gente muere por causas naturales a causa del desgaste celular. Los médicos que no trabajan en el ámbito experimental han quedado reducidos a geriatras que suministran la dosis exacta de calmantes para que la muerte nos asalte sin dolor o durmiendo. No hay enfermedades letales más allá de las necesarias para adquirir inmunidad. No ocurren accidentes, y la gente no trata de provocarlos.

No nos imponen qué hemos de pensar o desear. Tampoco a qué hemos de dedicarnos. Parece que todo lo que nos rodea cuando crecemos nos empuja en una dirección determinada a la que fluimos con naturalidad. Y esa es nuestra elección.

Y sin embargo formo parte de una sociedad que me envía a acabar con un mundo que no conoceríamos ni del que sabríamos de él si no fuese porque su existencia tendrá consecuencias devastadoras en el mío.

Eso quiero creer.

A este mundo apenas le quedan dos horas. Llevo dos armas de destrucción en mi haber. El Filtro y la voluntad de entregarlo. Cuando el Filtro entre en funcionamiento provocará una reacción en cadena que transferirá el estado de las partículas que contiene a las de este universo. Todo dejará de existir. Ni la materia ni la energía serán distinguibles al contenido del Filtro que provocó la reacción. Será como dejar una hoja en blanco. He hablado con gobernantes, militares, gente que se ha cruzado conmigo en mitad de la calle. He buscado en ciudades, pueblos, en mitad de la sabana, desierto e incluso selva. Siempre me envían cerca de un lugar donde hallar a otros seres humanos.

Cuando me envían a las ciudades busco a un mendigo. Ellos no van a echar de menos este mundo.

Camino por las calles de un París muy diferente al mío. Lluve de forma constante, sin viento. De esa forma en la cual las luces de las farolas se difuminan y el sonido de las gotas amortigua el ruido de los coches al caer. Bajo un soportal apenas distingo a un anciano bajo un amalgama de mantas mojadas y cartones. Antes de ser un Diplomático desconocía la miseria humana. Ese hombre y yo tenemos mucho más en común ahora de lo que se imagina. Ninguno de los dos pertenecemos a este mundo.

– Sé que no va a entenderlo– trato de decir de forma clara – voy a acabar con su mundo para que él mío siga existiendo–. Él levanta su cabeza y me mira confuso. No me entiende. Procuero que la menos el tono de mi voz sea agradable. – Tome– le digo mientras extiendo con mis manos el Filtro para entregárselo. Lo mira. Lo coge con ambas manos y lo observa. Él a cambio me ofrece un cartón de vino que tiene a su lado mientras balbucea algo que yo tampoco entiendo. Causa y efecto. Bebo.

Soy el único que recordará este mundo. Todos los logros de esta realidad quedarán reducidos al gesto de aquel hombre en mi memoria. Eso hacemos los Diplomáticos.

Me alejo mientras espero regresar. Ocurrirá de forma súbita. De repente dejaré de estar allí. Arrojo mi moneda al aire. Cara. Incluso en este mundo, cara. Siempre cara.

No llueve. Sigo mirando la moneda y mis ojos se afligen por el brusco cambio de la luz blanca de la habitación de Defase. He vuelto. Los cierro mientras me adapto y cuando los abro no estoy solo. Tardo en darme cuenta pero en frente mía hay un hombre. Lo reconozco de inmediato. Soy yo mismo.

Le miro confuso. No sé si asustado. Él. Yo. El otro. Está sereno. Triste. Somos iguales pero distintos. Busca en su bolsillo. No me salen las palabras porque empiezo a comprender. Sé lo que busca.

– Sé que no va a entenderlo. Voy a acabar con su mundo para que el mío siga existiendo–.

Me pongo a pensar en lo extraño que es el sonido de mi voz cuando la oigo salir de otra boca.

No añade más. No es necesario. En sus manos porta un Filtro tan idéntico como el que hace breves instantes le di a aquel mendigo. Yo le ofrezco mi moneda. Causa y efecto.

Nos miramos. Aceptamos este intercambio. Él será el único que recuerde este mundo cuando no quede nada.

– Vete– le digo. – Voy a sentarme en una silla a esperar–. No sé cómo reaccionar. Qué más decirme. Sólo quiero recorrer con mi memoria todos esos mundos que he visitado y que van a desaparecer también conmigo.

Mi otro yo se acerca a la mesa y hace girar la moneda durante un tiempo que se me antoja infinito. Cuando para, contempla el resultado con amargura y desaparece.

Sobre la mesa sólo queda una moneda en la que ha salido cruz.

Relato de **Jesús Cepeda Cid**

Accésit de la VIII edició del concurs de relatu curt F.T.C.

AEIOU (Químicas), ASCII (Informática), GREBAS (Biológicas), La Salamanca del Círculo Polar (Veterinaria),  
Numenor (Matemáticas), Relatividad (Físicas)